

Arquitectura ante o bajo el poder II

Augusto Ortiz de Zevallos M.,
arquitecto, profesor universitario
e historiador del arte.

Dados los antecedentes generales en una entrega anterior, el autor desarrolla aquí una crítica no sólo al estilo arquitectónico predominante, sino además, a través de una lectura de sus contenidos, a la función del arquitecto que el estilo supuso y que sus arquitectos aceptaron.

AL final del primer gobierno de Belaúnde había prefigurado la arquitectura que vendría a camppear en el período militar. Ya había ocurrido una evolución sensible del estilo dominante, que había sido esmeradamente doméstico y local y ahora grandilocuente. La inicial metáfora populista, casi vernacular, dejó el sitio hacia los años finales de aquel período a una iconografía de más pretensión social, a un estilo confesa y entusiastamente burgués. Ya sin remilgos ni eufemismos, se hizo el encargo arquitectónico de formalizar los ámbitos vitales de una burguesía puesta al día. Se trató de crear nuevas sinonimias de prestigio en suplantación de las antiguas. Alojar, por ejemplo, en departamentos en altura a familias habitadas antes a la casita ritual y hacer lo mismo con otros usos que la vivienda.

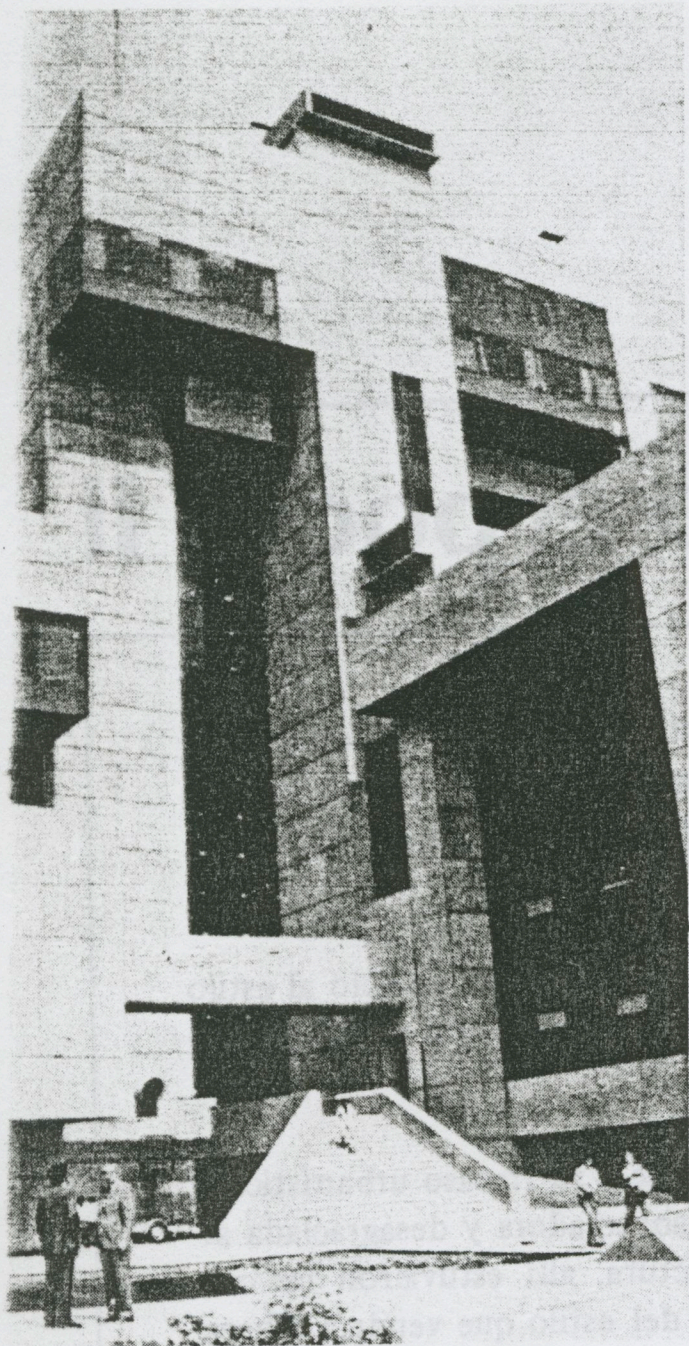
Similar reproposición ocurrió en el ámbito del edificio público. El vocabulario cuidado y austero de, por ejemplo, el Centro Cívico de Huancayo (1964), fue reemplazado por lenguajes de mayor costo y de pretensiones más patricias que plebeyas.

El Banco de Reserva (1966), con sus indiscutibles virtudes urbanísticas y su ya no tan indiscutible arquitectura, no fue ajeno al torneo de escudería. Fue un valioso caso de hallazgo de códigos lingüísticos 'nobles' en materiales desusados antes, como el concreto armado. Aunque su tardía ejecución no lo hizo influyente sino hasta más tarde. En realidad el primer y gran catálogo del vocabulario buscado, a la sombra del estilo Brutalista sajón de origen y de influencia dominante entonces, fue el Centro Cívico de Li-

ma. Pese a su fracaso urbanístico y a su abrumadora y desgraciada arquitectura, allí estuvieron las cante-
teras del estilo que vendría a hegem-
onizar la arquitectura después.
Ejecutado principalmente después
del golpe de Estado, hizo las veces
de un ensayo general para la arqui-
tectura del régimen militar.

Si no recuerdo mal, el primer edificio público convocado a concurso por el gobierno militar mediante el Colegio de Arquitectos, fue el edificio de Petroperú. Tampoco lo recuerda el propio Colegio,





que no lo publica en su catálogo de proyectos ganadores de concursos entre 1969 y 1975 y que tiene sus razones para no hacerlo. Fue aquel, evidentemente, el primer ejercicio arquitectónico inequívocamente identificatorio del régimen instalado. Se convocó en el momento más intensamente cargado de teoría política de izquierda y bajo el nacionalismo más ostensible.

La zona de más valor comercial potencial, el terreno más caro, la ubicación más evidente en el eje Lima-Miraflores, fueron el contexto. Se revolucionaba, entonces, poco. Las concepciones del proyecto ganador y la de los inmediatos seguidores se ordenaban según a priori formales: el señalamiento de cuerpos de edificación diferenciados, en relaciones volumétricas de tensiones y complementaciones dramáticas. Se acudió, así, a recursos expresivos de alguna facilidad: la distinción pormenorizada y estentórea de auditorios, salas, ingresos, y el empaquetamiento de las funciones de modo de

producir torres prefiguradas. Se hacía la composición de volúmenes como si se tratase de una escultura o, más bien, de una naturaleza muerta. Y estas formas se jugaban con ostensible desinterés por sus sistemas constructivos y por las leyes de economía de éstos.

El funcionalismo escueto y esforzado dejó su sitio a un expresionismo ávido de símbolos. El edificio institucional pasó a ser leído en códigos publicitarios.

No quita lo anterior el que este-mos, con **Petroperú**, ante un edificio eficaz y bienhablado, quizá el mejor, además de iniciador, de la serie. Los defectos de grandilocuencia, abundamiento y gigantismo era, para otras lecturas, virtudes. Coherente en su propio estatuo hay, sin embargo, un reproche histórico que hacerle: inició una actitud de obsecuencia para con la dirección o jefatura de la entidad arquitecturizada.

La estrategia es simple: el que decidía —dijera lo que dijese el reglamento de concursos— era el mandamás de la institución que hacía la convocatoria. A él hay, entonces, que tributar mediante el rápido recurso de ascensores especiales, playas de estacionamiento propias, baños más completos, y una colección de ambientes anexos, que por chisme cuya duda constituye desacato y que ha sido expuesto en el Congreso de la República, incluían dormitorios y guariques. Sin llegar a tanto, **Petroperú** homenajea a su presidente en el último piso con techos cóncavos en forma de serie de pirámides, cual si se tratara de un ambiente para faraones seriados y resurectos.

Estos halagos se harían luego en formas más eruditas y sofisticadas, volviéndose una regalía obligada para todo proyecto de edificio público que quisiese ser considerado. La receta cundió. Pronto, el Ministerio de Industrias se mandó a hacer una versión —manu militari— de lo que había entendido de lo mismo. El juego de volúmenes coronados se tradujo en una simple torre cabezo-

na que brotó de la antigua pista de aterrizaje en Corpac. Las gratificaciones no serían ya más sutiles detalles de culminación, sino la costa total, el edificio mismo.

Con lírica de organigrama, el edificio debía decir: arriba el que manda y abajo los que obedecen. La macrocefalia aludiría, seguramente, a las virtudes, bondades e inteligencias de aquel mando.

Recordamos todos, que por entonces, se ensayó hacer una reforma integral de los Ministerios, creyéndose quizás que así se cambiaba el Estado. Se propagaron esquemas organizativos que recuerdan formaciones de batalla y se asignaron responsabilidades según dicho símil.

Cabe inferir entonces que la temática y las expectativas de los edificios públicos tuvo que ver con esa concepción funcional y diagramática de la entidad. A la tecnocracia le correspondieron los organigramas y a los organigramas, casi como solidificación de de ellos, la arquitectura. Semejante ilusión hizo creer, quizá que era buena la arquitectura resultante. Se obvia en dicha inocencia, que los organigramas cambiaban tantas veces como los ministros —cuando éstos los entendían— y que nada de eso de validez a una proposición arquitectónica, cuyo problema es mayor, más genérico, más amplio y más importante.

El segundo hecho caracterizador fue que por alguna predilección inexplicada, los Ministerios y enti-



dades tuvieron que hacerse a campo traviesa, en terrales desolados por donde entonces sólo ambulaban vacas y cabras y estaba recién secando el asfalto. Donde no había ciudad. Cada ministerio se pretendió así fundador y debió elaborar leyes para su alunizaje.

A estos fines debió converger un estilo ya adquirido. La configuración de un estereotipo de edificio abrumador y malformado tuvo las razones ya aludidas. La metáfora era obvia y complaciente. Se le edificaba al poder un testimonio de su anhelada omnipotencia, un himno a sus atribuciones y triunfos, y una advertencia al ciudadano común de que no se pusiera en el camino. Con la revolución o contra la revolución, era la dicotomía de algunos.

Paradójicamente, ese Estado se pretendía popular y reivindicatorio y no puede negarse —aunque está de moda hacerlo— que en importante medida lo era. Quizá lo que no había —como no hay ahora— era conciencia de continuidad del Estado; percepción de que tiene un sentido mayor que un tren de pasajeros. Ausentes los contenidos de fondo, se elucubrarón formas y con ellas quiso envolverse el vacío.

El Ministerio de Pesquería es una culta y depurada versión del mismo despropósito. Es también el episodio más costoso conocido de la serie; Está, claro, el ignorado del Complejo de Guerra. Quizá la pesca nacionalizada, el primer productor mundial de harina, la anchoveta y el mar territorial dieron el tema inusitado para este cantar de gesta, para esta arquitectura tremendamente cargada de retórica y de formas. No es, valga la aclaración aquí también, mala arquitectura. Al contrario, Pesquería fue un proyecto relativamente orginal y creativo, de interés formal indudable, aunque con uso y abuso de los temas lingüísticos de moda y un chorro de dinero que gastar. Contraviene, no obstante, sus términos arquitectónicos por un prurito de formalización. El contraste esencial buscado, de concreto y vidrio, se confunde cuando se usa

el vidrio como forro del concreto y más cuando se lo dispone enchapando inferiormente los voladizos. A mí me da la sensación de que se fueran a caer pisos enteros con todo su contenido. Interiormente hay abuso también del vacío.

Otros Ministerios concursados —y no construidos— reiteraron el estilo del régimen y sus contradicciones. A la sombra de una reforma

ción, el que tenía que ser un edificio ejemplar sobre, por ejemplo, tecnologías adecuadas, fue premiado con el más paradójico criterio. Se trató de un edificio que manjando conceptos similares que sus antecesores, resolvía su volumetría en torno a una torre que coronaba, desafiando las leyes del equilibrio estático, de la resistencia de materiales y de la gravedad misma, un vola-



agraria radical y de lemas tan taxativos como “El patrón ya no comerá más de tu pobreza”, se sacó a concurso el Ministerio de Agricultura. La solución ganadora, manejando un símil nada desatinado —las andenerías serranas— hacía sin embargo un paisajismo grandilocuente con un extenso y acontecido desarrollo de volúmenes que concurrían a una torre forrada de vidrio-espejo, adonde se habría visto reflejada toda La Molina. El funcionamiento del conjunto se sometía a la obtención de la forma arquitectónica. Si no me equivoco, quienes acudieran como público a tan magnífico palacio, tendrían como recinto para ser atendidos, la intemperie.

Se diseñaba para el poder y no para los usuarios.

La apoteosis y esta concepción del diseño estuvo en el proyecto ganador del Ministerio de Vivienda. El supuesto foco de pensamiento, reflexión y criterios sobre contruc-

dizo en todas las direcciones, con la oficina del Ministro adentro.

Al premiarse y hoy este edificio era y es prácticamente inconstruible y un ejercicio de entusiasta absurdo. Pero era, laro, el caramelo mejor, el monumento en vida más edulcorante para el dueño del poder, para quien encargaba y resolvía la inversión de dineros del Estado. Tranquiliza saber que pronto, sobre el terreno que le estaba asignado, se construirá algo de hastante mayor utilidad y sentido.

Hay que decir que el Colegio de Arquitectos, a través de sucesivos responsables y jurados no hizo su parte por oponerse al efectista criterio prevaleciente. Convalidó antes bien, aquél y alimentó con sus fallos el criterio monumentalista, imitativo de modas en sociedades rebosantes, y desprovisto de compromisos verdaderos que prevalecía. En vez de ser el necesario filtro, el contrapeso de una práctica descriteriada, otorgó a ella su aval. Se consiguió, así, la fundada imagen

de que la arquitectura que se premiaba por los conductos regulares de concurso público era tremendamente costosa y gratuita, además de poco feliz. Ocurrió, entonces, que las entidades no obligadas a sacar a concurso sus edificios no lo hicieron y que el propio Estado fue también desanimándose, a la luz de la evidencia incontestable de los presupuestos de obra.

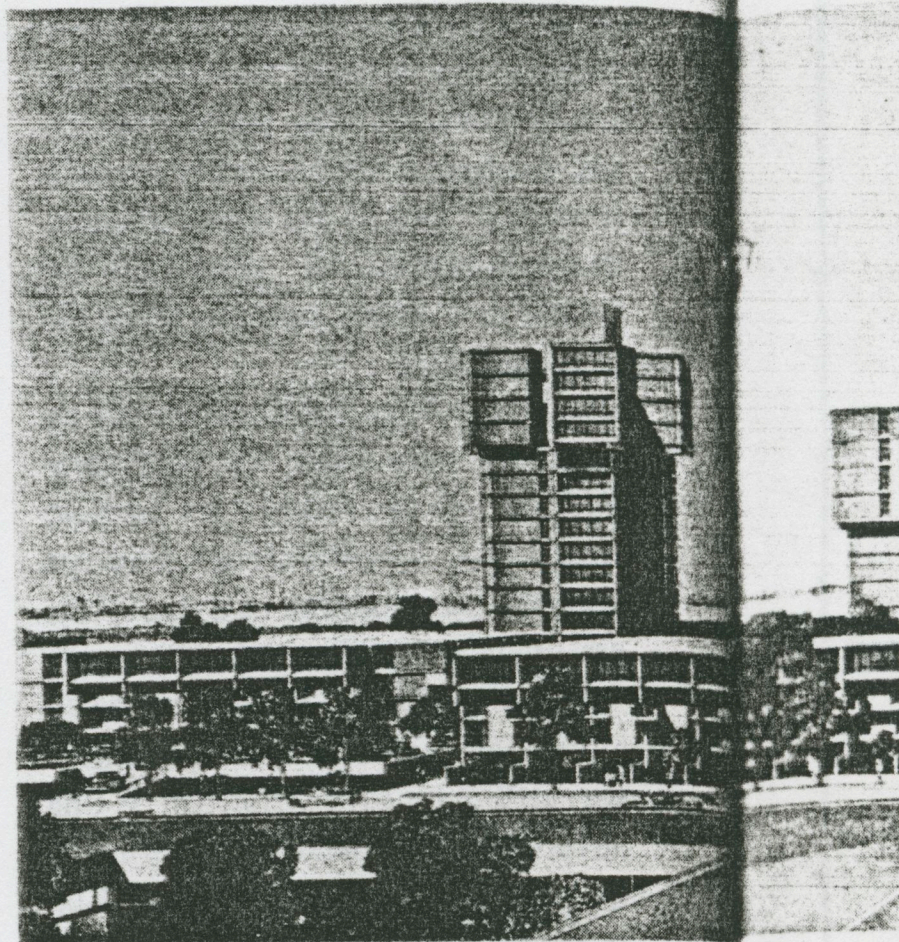
A la prodigalidad seguiría luego la ausencia absoluta de oportunidades. El ejercicio alegre casi aniquiló la práctica de los concursos y el Colegio de Arquitectos perdió su entidad, al punto que hubo una elección del mismo que no resolvió la ocupación del Decanato.

La crisis profesional fue patente. Se cerraron las oportunidades para las promociones salientes y el trabajo se repartió entre oficinas consolidadas, por favor, rutina o reconocimiento particular, con no demasiada atención a sus calidades. Desapareció el debate sobre arquitectura que se sostenía mortecinamente. Desapareció prácticamente la revista *El Arquitecto Peruano* y con ella todas las extranjeras, tratadas como importaciones indeseables. Campeó, así, una desinformación casi total, que dio pie a que una práctica livia-

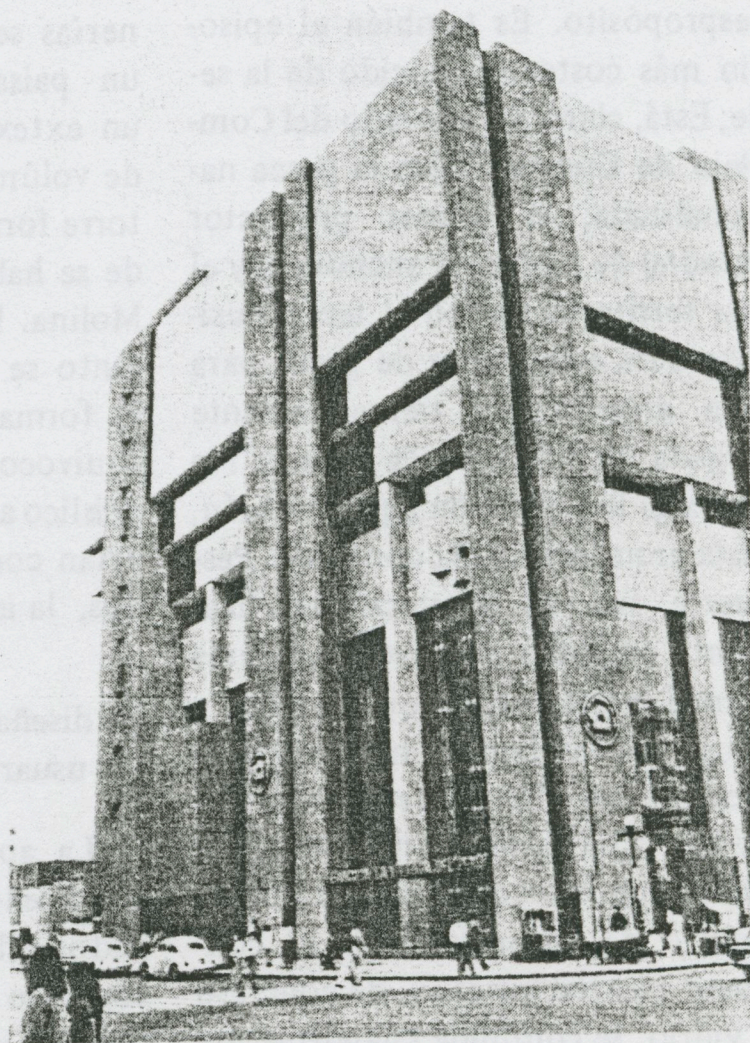
namente copista se consolidase con banderas de originalidad.

La influencia de esos años era predominantemente norteamericana y ocurrió con frecuencia que se hicieron traslados literales de obras diseñadas allí para fines de otra suerte, en versiones absurdamente disminuidas. El Banco de la Vivienda tuvo el explícito antecedente del edificio de la Fundación Ford en Nueva York, con la salvedad considerable de que el foráneo se concebía en torno a la idea de hacer ingresar el área libre exterior al interior del edificio, continuando un parque, que se vidriaba al ser contenido, mientras que en la esquina de Emancipación y Camaná, ambas ensanchadas, no había ni hubo otra cosa que contener que humo de escape y el amplio espacio casi abierto del original se convirtió en un mero vestíbulo, inusitadamente alto y con proporciones de sumidero.

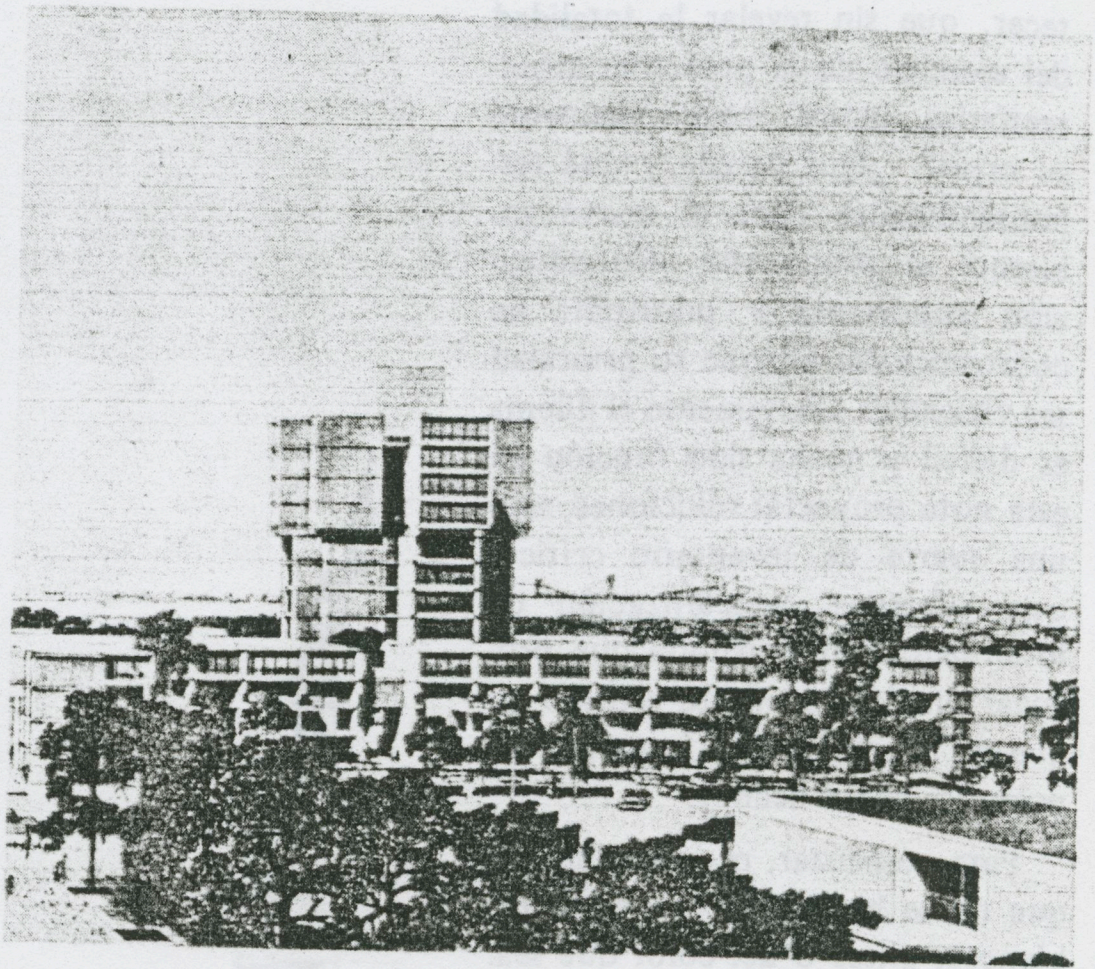
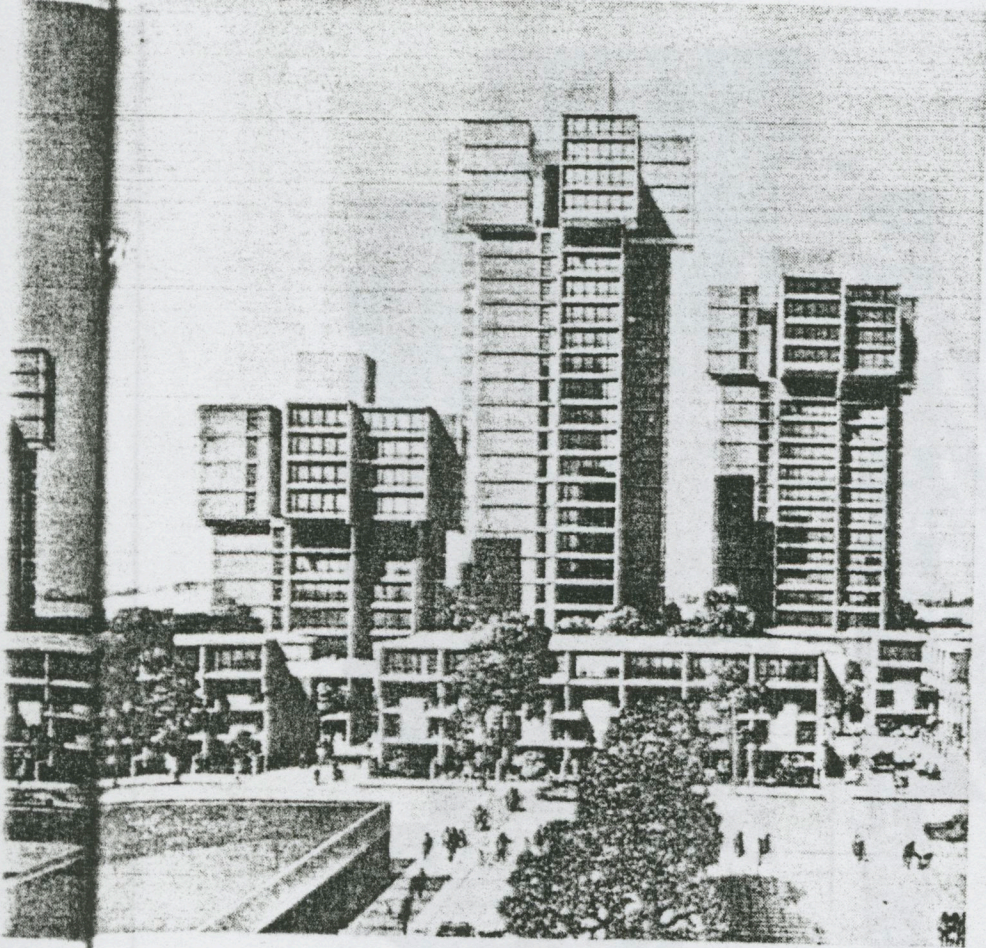
Y otro caso tristemente paradójico fue que el singular y simbólico edificio del Complejo de Guerra, adoptase su tipología —siempre dentro de los cánones ya referidos del torreón macrocéfalo de un prototipo de serie, documentado en un manual de perspectivas.



Sin fuente inmediata, pero análogamente influidos por temas de lenguaje del mal Brutalismo de los países industrializados, hubo casos como el edificio de la PIP, suerte de muestrario desarticulado de prestaciones con el dominante fin de otorgarle notoriedad pública a cualquier costo, contable y urbano. Hubo versiones cultas y mejores pero similarmente depredadoras del Erario, en, por ejemplo, clubes para las fuerzas armadas y policiales.



to
de
fo
te
ja
va
su
li
cl
pe
di
na
u
ci
n
h
p
d
d
se
c
d
te
p
te
in
d
te
u
i
t.
b
t
a



Adicionalmente al cuadro descrito hubo un deterioro en la Facultad de la Universidad de Ingeniería, el foco anterior de pensamiento arquitectónico peruano y que había alojado todas las tendencias significativas de la arquitectura peruana desde su fundación por Belaúnde. El desaliento y la pugna interna, ciega muchas veces a calidades, supusieron la pérdida gradual de catedráticos fundamentales, sin que los reemplazara nadie de su estatura. Hubo, además, un período casi policial, donde archivos y ficheros de inscripción tenían lectores y censores insólitos. Y hubo también una penosa y despreocupada actuación de una parte de la izquierda, para la cual la pérdida de consistencia universitaria y el sentido mismo de la disciplina de consistencia universitaria y el sentido mismo de la disciplina arquitectónica no fueron preocupación importante. Se divulgó un sentido determinista y fatalista sobre la arquitectura, una disposición carente de inquietud por sus posibilidades, una desinformación orgullosa y arrogante. Debíó haber habido, si se tenía una actitud contestataria, un vuelco inverso de la indagación, de la investigación disciplinar; quizá pudo haber una valorización de la arquitectura vernacular, alguna formulación alternativa.



La crisis económica que afectó todo y a algunos, agudizó y evidenció la crisis de vacío que ya tenía acumulada la profesión. No tenía que haber sido así y creo haber dejado entender que no fue todo provocado por el estilo autoritario del gobierno —aunque ciertamente ello influyera. El deterioro de los contenidos de la profesión, su comprensión como un ejercicio arbitrario y sin compromisos reales, el escaso respeto que por ello mereció fue motivado y propiciado por la actuación pública de la profesión en su conjunto, con excepciones de obras cuyo tratamiento haré en un si-

guiente artículo. Esta especie de Fuenteovejuna (todos a una) suicida y no ejecutora, desmoralizadora y no moralizante, debe ser asumida como un pasivo; aunque hayamos pagado los platos rotos quienes ni los rompimos ni los usamos.

Sorprende, con respecto a esto último, que en lo ya actuado, pública o silenciosamente para dar encargos arquitectónicos de vivienda, el gobierno revele una predilección inexplicada por grupos generacionales que ya estaban consolidados al ocurrir la crisis y por grupos que salen a la luz cuando ésta ya ha pasado.

¿Qué saldo resulta de este acon-

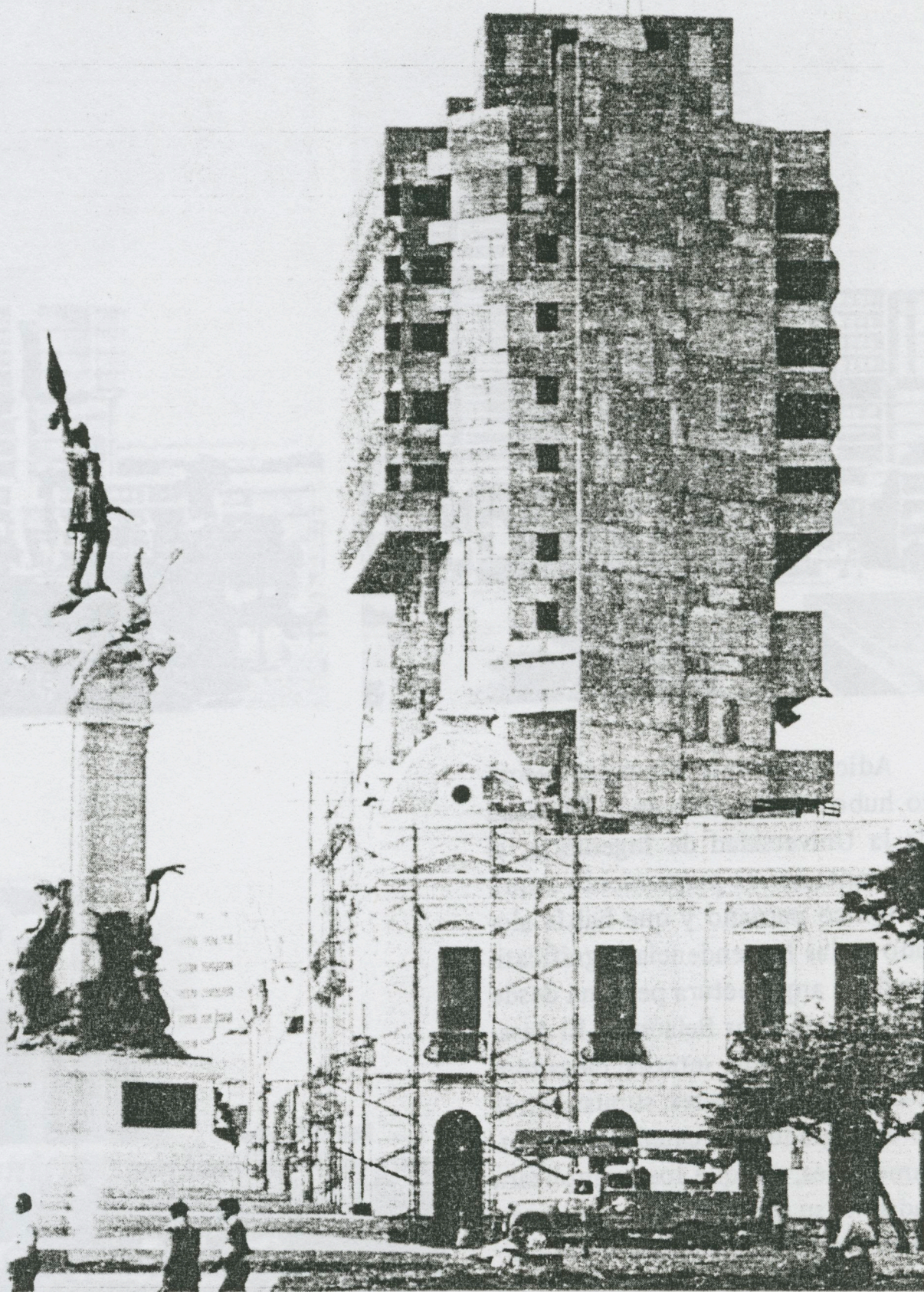
tecer, que sin revelar la totalidad del ejercicio de la profesión arquitectónica indica inequívocamente su crisis? ¿Qué hereda y qué responsabilidades tiene el nuevo gobierno al proponerse una actuación importante y prioritaria en construcciones aunque su prioridad sea vivienda? Ciertamente el dilema es difícil y no ha sido función de esta nota proyectar soluciones, sino una suerte de inventario crítico, una subjetiva caracterización de lo actuado. Habrá sin duda, que provocar un debate en ese sentido, al que ya aportamos aquí una lectura polémica de los hechos.

Para comenzar, parece saludable que no se busque ya más elefantes blancos, grises o del color que sea.

El sobredimensionamiento habido es evitable. El sentido gratuito, decorativo, escenográfico y depredador debe desaparecer del edificio público, el que debe hacer, al contrario, docencia cívica. No será fácil. La cultura arquitectónica de este medio está empobrecida, sus canteras universitarias y gremiales en abandono, el debate inexistente, sus revistas extinguidas.

Un país de valiosísima arquitectura en cada episodio histórico, que ha labrado el adobe y la piedra, la caña y la quincha, el ladrillo y concreto, la madera y el hierro inteligentemente, debe encontrar laboriosamente su identidad contemporánea, sus lenguajes, su correspondencia con su medio ambiente y su historia, sus formas y calidades, su arte real y no fungido, sus individualidades creativas y no autocomplacidas.

Aún el panorama no se presenta alentador en tal sentido. Y el efec-tismo del período ya superado revela hoy más aun su pobreza conceptual, vuelto simplismo y mera ostentación, por ejemplo, en recientes y sonadas inversiones bancarias y comerciales. Aquel derrotero del triunfalismo no conduce a ninguna parte que interese, si se tiene una noción responsable del diseño y se cree en él como oficio.



La arquitectura moderna —coinciden casi todos los historiadores y teóricos— nació cuando en 1860 un estudiante de literatura en lengua inglesa en Oxford, William Morris, encontró la sustancia del compromiso social del diseño en la sociedad industrializada. Cuando le exigió un sentido de opción, cargando de contenido las predilecciones, haciendo consciencia de su sentido definidor de la vida misma. Cuando esclareció la naturaleza del problema, que intuían los constructores no academizados del XIX y nublaban confusamente los arquitectos del orden establecido, los 'pompiers' sobreabundantes en retórica y simulaciones pero carentes de comprensión y de humildad para enten-

der la realidad cambiante en la que actuaban.

El Perú no ha tenido un William Morris victoriano, puritano y socialista, pero sí un Héctor Velarde que nos ha hecho ver lo que somos. Que ésta no es tierra de convicciones ha dicho Velarde, y que mentimos irrefrenablemente. Pero nos ha pedido que mintamos con verdad, como miente San Francisco de Lima, con adobes fungiendo ser piedras que siendo tan grandes tienen que ser adobes. Entre la Quinta Presa, que engatusa y contenta a su dueño con un trozo liliputiense y ficticio de la Francia cortesana y el edificio de la PIP, que halaga al suyo a expensas de la ciudad entera, hemos perdido estilo en la mentira.